

# PATRIMONIO ARTISTICO Y CULTURA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Esa máscara peruana de oro exhibida en la Galería Darcy de Nueva York es un toque de atención. Aunque tardía, nuestra reacción tendrá un aspecto positivo para comenzar a contener, al fin, el lento proceso de despojo de que es víctima el patrimonio artístico patrio. ¿Acaso no se le ofrece al turista, como un atractivo deporte local, la práctica del "huaqueo"? Se trata, en verdad, de un modo de usurparnos a nosotros mismos en aras de la hospitalidad y la galantería para con el huésped. Al parecer, nos importa muy poco que piezas arqueológicas de valor, o meramente pintorescas y curiosas, salgan del territorio y enriquezcan colecciones extranjeras. La alarma cunde porque se trata de un objeto intrínsecamente valioso, por su material y por la rareza de su ejecución, pero entre la máscara que ahora está en Nueva York y las miles de piezas que andan desperdigadas por el mundo, desde las más humildes de barro hasta las que por su calidad son únicas, sólo hay una diferencia de precio. Su sentido, dado por su esencia representativa del alma histórica nacional, es idéntico. Valga el escándalo que la publicación de "Life" ha desatado entre nosotros como la iniciación de una toma de conciencia al respecto.

Hasta hace muy poco tiempo, el rastacuerismo burgués despreciaba decididamente todo lo que era obra o recuerdo de la cultura indígena. En las casas, el prestigio decorativo lo poseían las porcelanas, los bibelots, las chucherías y adornos de sello europeo, aunque fueran vanas imitaciones o solemnes pastiches del gusto rococó. Salvo muy contadas personas, a nadie se le ocurría poner en un estante un inmemorial huaco de belleza insólita o un bello ceramio de artesanía popular. Aun hoy la presencia de un retablo ayacuchano, un tejido cuzqueño o un torito de Pucará suscita las sonrisas desconcertadas de quienes buena mente creen que la belleza sólo procede de Europa. Y los europeos, ni cortos ni perezosos, que conocen tan ingenua predilección, producen para nuestras latitudes copias más o menos respetables de trasnochados modelos dieciochescos. Fueron —seamos justos— los extranjeros los que nos dieron el ejemplo al adoptar creaciones antiguas y actuales del arte indígena en la decoración moderna. Pero hasta que no hemos aprendido la lección, las puertas del país han estado abiertas a la exportación de esos que hoy se denominan en el mundo "les tresors du Pérou".

Es difícil, hay que reconocerlo, legislar de tal manera que se impida el tráfico de reliquias antiguas del Perú, incluidos los cuadros coloniales, pero si unánimemente todos los peruanos nos pusieramos de acuerdo para evitar la fuga de tales riquezas, sobre todo de las que no tienen pareja, a la acción normativa de las autoridades añadiríamos una vigilancia colectiva que ninguna policía puede realizar de modo absolutamente eficaz. Por más que ahora se investigue cómo fue a parar la máscara aludida a la Galería Darcy, poco o nada sacaremos si no media la buena voluntad de sus propietarios. Quien la descubrió y, luego, la vendió, tuvo una conducta que es censurable, pero que tiene el carácter de habitual y corriente. ¿Y qué le haremos si lo descubrimos? De nada valdrá el escarmiento, pues la medida más efectiva será la que emane de nuestra propia convicción. Somos un país con un enorme, envidiable, excepcional y singularísimo patrimonio cultural, pero paradójicamente carecemos de cultura. Sólo la cultura, entendida como respeto a nosotros mismos como comunidad, nos hará merecedores de esa inmensa heredad que el mundo comienza a admirar y a envidiarnos.

EL 21/6/59 P. 2